



El Suplicio de D. Alvaro de Luna.

(1453.)

I

Revuelta andaba Castilla,
roncos clamores de guerra
los espacios atronaban
sin dar al acero tregua.
Cizaña en campo sangriento
recogía por do quiera
don Juan, que siendo el segundo
fué el postrer en toda empresa;
alma templada en un yunque
de tan pobre resistencia,
que en el valor y constancia
no es de hierro, sí es de cera.

Solo mostrar logró al mundo
la virtud de la paciencia,
pues para mandar nacido
todos menos él gobiernan.
Todos, pues, todos se atreven
en la intrigante nobleza,
ganosos de poder y honra,
que es honra alcanzar hacienda,
á revolver contra el trono
su ambicion y sus banderas,
porque el rayo de la ira
no sabe esgrimir su diestra.
A él, de Aragon los infantes,
sus primos, le mueven guerra,

y tras de caer matando
los perdona y recompensa;
contra él irguióse el infierno,
pues de su misma soberbia
aborto fué D. Enrique,
víbora de estirpe régia.
Poco cuerdo en sus mandatos,
vacilante en sus promesas,
mártir siempre de la duda
que su decision refrena;
oprimido bajo el férreo
yugo de planta estrangera,
lamentara el castellano
de su valor la impotencia,
si ante las gradas del trono,
de su esplendor puro emblema,
firme escudo de su honra,
baluarte de su existencia,
no hubiera surgido un héroe
que del cielo recibiera,
naciendo en bastarda cuna,
un corazón y una idea.
Con alientos de gigante
él acometió la empresa
de hacer reinar en Castilla
solo un rey, de ciento que eran.
Y si la fortuna próspera
en un principio, en adversa
se trocó cuando veía
su aspiración satifecha,
cúlpese al rey que olvidando
el peso de sus cadenas
segó una vida, humillándola
á los pies de la nobleza.
Este es D. Alvar de Luna,
el primero en la pelea,
tan brioso en el torneo
como galán en las fiestas:
si es merecida su fama
de buen capitán, lo prueban,
mas que hazañas en Castilla
los laureles de Higuera,
que tras de aquella victoria
renombre inmortal hubiera,
privando de timbre ilustre
á la mejor de las reinas,
si la envidia de los nobles,
que siempre en su mal conciertan
bastardos planes que él corta
con su espada ó su prudencia,

no tuviera prevenido
arrancarle la existencia
á traición, esponiendo
honras y vidas ajenas.
Pero la envidia no puede
herir la altiva cabeza,
pues nació para arrastrarse
por el cieno de la tierra;
y es ya el de Luna la sombra
que la majestad refleja,
alma del alma del trono,
ser encarnado en su esencia.
Porque D. Juan, que conoce
su lealtad y grandeza,
ve en el Maestre un hermano
y hasta su altura lo eleva.
Mucho duró su privanza,
grande fué la recompensa;
pero la envidia no duerme
y la ingratitud le acecha.
Y en pecho ruin cayendo
chispa que pronto fué hoguera,
amistad, honra y valía
se llevó el viento en payesas.
Búrgos vió si en ricos-homes
hubo justicia y clemencia,
y si en corazón de príncipes
virtud anidó ó miseria.
Allí hundióse el Condestable,
allí firmó su sentencia
aquel rey siervo de todos,
si por don Alvar no fuera;
y rendido, respetando
la voluntad que lo ordena,
á Valladolid va preso,
donde el verdugo le espera.

II

Ya ha llegado la mañana,
que todo en el mundo llega,
atropellando á la dicha
el torrente de las penas.
Lúgubre acento de muerte
do quier los espacios puebla,
eco que difunde el bronce
y eco en el dolor encuentra.
Raudal de llanto se vierte,
pues ¿cómo esperar clemencia

si al rey envidia y venganza
mano y voluntad sujetan!
Muchos al fondo del pecho
su pesadumbre relegan;
tras de sus rostros sombríos
hierva un volcán de soberbia.
Y en la inquieta muchedumbre,
que en las calles se atropella
por dar un adiós postrero
al alma que el cuerpo deja,
pocos hay que manifiesten
satisfacción de la fiesta:
doquier sepulcral silencio,
llanto y congoja doquiera.
De pronto surgió un murmullo
aquel golfo de cabezas:
lamento de mil gargantas,
¡ay! lanzado entre cadenas.
Y un «ahí está» moribundo
oyóse, como si fuera
lo que alcanzaban los ojos
una pesadilla horrenda.
¡Cuán liviana y deleznable
es la terrenal grandeza!
ayer astro resplandeciente,
ni sombra suya hoy siquiera.
No rige su férrea mano
el fiero corcel de guerra,
alta mula le conduce
á la espaciación cruenta;
y animoso, resignado,
aunque en su frente serena
late un mundo de recuerdos
y una tempestad de penas,
como en cristal transparente
brilla en calma su inocencia,
que el fantasma de Vivero
ni le oprime, ni le arredra.
Ni un ¡ay! sale de sus labios,
ni un suspiro, ni una queja
contra el trono que él sostuvo
y le paga en muerte y mengua.
Nada espera del amigo,
nada del rey, que es de piedra
el corazón de la envidia,
y la envidia le aconseja.
Por eso marcha sereno,
que ante la muerte no tiembla
el que en cien ruidos combates
pactó, al parecer, con ella;

y si hoy no puede humillarla
con el brio de su diestra,
porque el pensamiento solo
su lealtad se lo veda;
cual caballero cristiano
dirige, para vencerla
en mejor lid, oraciones
al Dios que castiga y premia.
El padre Espina que marcha
á su lado y que contempla
con admiración doliente
tanta calma y fortaleza;
con acento acongojado
otros lugares le muestra
donde es verdad la justicia,
donde es la ventura eterna.
El le escucha; mas de pronto
sarcástica voz resuena,
puñal de acerado filo
que en su corazón penetra,
diciendo: «Esta es la justicia
que hacer el rey ordena
de este usurpador tirano
de su poder y su hacienda.»
Y siempre que el pregón se oye,
como sangriento anatema,
«más merezco,» dice Luna
inclinando la cabeza.
Ya arriba al lugar siniestro
que há poco lo fué de fiestas,
donde cosechó laureles
por su valor y opulencia.
Allí muchedumbre hirviente
en rudo tropel se estrecha;
pavor infunde en el alma
sombra que en medio se eleva;
y al ver impreso en los rostros
dolor mortal, se creyera
que es la agonía de un pueblo
lo que la sombra refleja.
¡Triste verdad! que la muerte
allí codiciosa espera,
entre el tajo y el verdugo,
insegura aun de su presa,
al hombre que en fiera lucha
abrióle al pueblo ancha senda
para llegar hasta el trono,
para sentarse á su diestra.
Brilla en el negro tablado
y entre amarillas candelas,

sobre un altar, puro símbolo
de las cristianas creencias;
y debajo de una escarpia
á grueso pilar sujeta,
se ve un ataúd humilde,
que de limosna lo entierran.
De tan lúgubre aparato
el sangriento fin completan
un tajo, un hacha y un hombre,
que aguarda con impaciencia.
Por fin, abriendo ancho surco
lanzas mil que le rodean,
sube don Alvar de Luna
por la empinada escalera.
Toca su planta el tablado
y al crucifijo se acerca,
y humildemente se postra
y el pié lacerado besa.
Dirige despues en torno
una mirada postrera,
quiere hablar, y su hidalguía
hace enmudecer su lengua.
Mas ve á su paje Morales
que lloroso le contempla,
y quitándose un anillo
que fué de su orgullo prenda,

«Toma—le dice—mi amigo,
la dádiva postrimera,»
y á Barrasa, que es criado
del príncipe, y que le observa
con angustiado semblante,
con admiracion suprema,
«Dí á mi señor que no premie
así lo que el rey hoy premia.»
Luego se llegó al verdugo,
que ante tanta fortaleza
y majestad se estremece,
cual si el condenado fuera;
y al conocer el destino
del garfio que allí se muestra,
esclama: «Despues de muerto
nada son cuerpo y cabeza.»
Entonces el padre Espina
le dice al par que le enseña
el cielo: «Esa es tu patria,
nada esperes de la tierra.»
Pónese luego de hinojos
ante el tajo, el cuello entrega
cruje el hacha, y los gemidos
del pueblo son sus exequias.

F. M.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.